

# Prensa, propaganda electoral y comunismo en Costa Rica durante las décadas de 1930 y 1940<sup>1</sup>

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ

ivanm@fcs.ucr.ac.cr

Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica

San José, Costa Rica

Recibido: 15 de noviembre de 2004

Aceptado: 7 de abril de 2005

**RESUMEN** El propósito de este artículo es demostrar que en la denominada prensa “burguesa” y en la propaganda electoral de las décadas de 1930 y 1940 se configuraron discursos que, pese a su anticomunismo, favorecían tanto la inserción política y cultural del Partido Comunista de Costa Rica como la promoción del cambio social por vías institucionales. La presencia que tales discursos lograron en la esfera pública contribuyó a que la izquierda costarricense permaneciera como la única organización de su tipo en Centroamérica que, al no ser ilegalizada, pudo competir sistemáticamente en los comicios del período 1932-1948.

**Palabras clave:** prensa, propaganda electoral, comunismo, historia, Costa Rica

## *Press, Electoral Propaganda and Communism in Costa Rica during the Decades of 1930 and 1940*

**ABSTRACT** The objective of this paper is to demonstrate that in the denominated “bourgeois” press and in the electoral propaganda of the 1930 and 1940 decades, were formed anti-Communist discourses that favored the political and cultural insertion of the Communist Party of Costa Rica, and promoted social change by institutional ways. The presence that such discourses reached in the public sphere, contributed that the Costa Rican left remained like the only organization of its kind in Central America that was not illegalized and, therefore, could compete systematically in the elections of the period 1932-1948.

**Keywords:** newspapers, electoral propaganda, communism, history, Costa Rica

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. Espacios favorables en la prensa. 3. Prensa y alianzas políticas. 4. Ejes de la propaganda electoral contra los comunistas. 5. Cuestión social, prensa y propaganda. 6. Conclusiones. 7. Referencias bibliográficas. 8. Referencias hemerográficas y documentales.

---

<sup>1</sup> La investigación de base para este artículo fue realizada en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) y fue financiada por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica.

## 1. Introducción

El propósito de este artículo es analizar los discursos sobre el Partido Comunista de Costa Rica (PCCR) presentes en la denominada prensa "burguesa" y en la propaganda electoral de las décadas de 1930 y 1940, con el fin de demostrar que, pese a su acentuado anticomunismo, favorecieron la inserción institucional y cultural de esa organización, al tiempo que promovían el cambio social por vía de la reforma. El examen de tal proceso es de particular interés porque, tras el inicio de la crisis económica mundial y el ascenso de las dictaduras militares en los otros países de Centroamérica, la izquierda costarricense fue la única que se exceptuó de ser ilegalizada y pudo competir sistemáticamente en los comicios del período 1932-1948.

El artículo está organizado en cuatro secciones: en la primera, se examinan los espacios favorables a los comunistas existentes en la prensa del período 1931-1942, cuando el PCCR se mantuvo como una organización independiente; en la segunda, se analiza cómo la alianza de la izquierda con el gobernante Partido Republicano Nacional, consolidada a partir de 1943, impactó las posiciones de los principales periódicos; en la tercera, se identifican los ejes de la propaganda electoral contra el PCCR; y en la cuarta se explora como la prensa y la propaganda promovieron el cambio social por vías institucionales.

La democracia costarricense, en contraste con el autoritarismo que prevalecía en el resto de Centroamérica, posibilitó que la existencia de una organización comunista legal, que competía sistemáticamente por el voto popular, sirviera de base para la configuración de un anticomunismo socialmente reformista, el cual logró una decisiva proyección en la esfera pública. El estudio de este proceso se basa, por supuesto, en fuentes periodísticas (en particular *La Tribuna*, el *Diario de Costa Rica* y *La Prensa Libre*, los principales medios de la época), y además, en informes de los diplomáticos estadounidenses destacados en San José y la correspondencia entre el PCCR y el Comintern (Buró del Caribe).

## 2. Espacios favorables en la prensa

La activa y diversificada esfera pública, que caracterizaba a la democracia electoral costarricense de la década de 1930, tenía por base una creciente alfabetización popular. Las personas de nueve años y más que sabían leer y escribir, según el censo de 1927, superaban el 85 por ciento en las ciudades principales, el 66 por ciento en las villas y el 56 por ciento en el universo rural (Molina y Palmer, 2004: 194). La existencia de distintas audiencias de lectores favoreció la diferenciación de la cultura impresa, lo que facilitó, a su vez, que personas de muy variada ideología dispusiesen de espacios bastante amplios para difundir sus puntos de vista.

Los comunistas, tras la fundación de su partido en junio de 1931, lograron insertarse pronta y ventajosamente en la esfera pública, gracias a una activa política editorial, que incluía el tiraje de volantes, folletos y, en particular, del periódico *Trabajo*, que circuló aproximadamente una vez al mes entre 1931 y 1932, y después semanalmente, con un tiraje que pasó de 1.000 a 4.000 copias en sus primeros cuatro años de existencia

(*Trabajo*, 5-8-1934: 1). El anticomunismo predominante en la llamada prensa "burguesa" no supuso, sin embargo, que la izquierda careciera de algunos espacios favorables en tales medios.

El caso de *La Tribuna* es útil para explorar la combinación de artículos a favor y en contra de los comunistas en un mismo periódico, publicados en el mes de la fundación del PCCR. El 6 de junio de 1931, fueron dadas a conocer unas declaraciones del profesor, escritor y editor de la prestigiosa revista *Repertorio Americano*, Joaquín García Monge, quien indicó

"Actualmente nuestro pueblo... teme a la lucha de ideas y sigue viviendo en ese anonadamiento que a nada le conduce. Despertémoslo de él y consigamos lo que desde hace años debió haberse conquistado. Se invoca también en contra de esas nobles ideas otro fantasma: el comunismo. Pero venga en buena hora la lucha de las ideas comunistas y no nos opongamos a ella. Si los comunistas intervienen en estas lizas electorales intervendrán también las ideas opuestas y entonces tendremos lucha que es lo que necesitamos. Estamos llamados a evolucionar y no a mantenernos en las teorías de muchos años atrás de la actualidad..." (*La Tribuna*, 6-6-1931: 6).

El 14 de junio, Máximo Chaves publicó un texto en el que, en contraste, sostenía que lo mejor era no ocuparse del comunismo, el cual "...está condenado por la ley..."; a la vez, enfatizó que la distribución de la propiedad propuesta por tal corriente supondría un caos que conduciría al país a un sistema social primitivo:

"...entonces qué necesidad tendríamos de establecimientos docentes ni instituciones de beneficencia si a cada prójimo le bastaría su área de terreno donde ir a pastar. Porque ya no habría empresarios de esos bárbaros que en concepto del comunismo poseen indebidamente y que dan trabajo al pobre haciendo producir la tierra, construyendo hermosos edificios y que estarían de sobra para la población de beduinos y trashumantes resultado natural de la comunidad de bienes" (*La Tribuna*, 14-6-1931: 11).

La afirmación de Chaves de que el comunismo estaba condenado legalmente se refería a que el gobierno de Cleto González Víquez (1928-1932) había rechazado la inscripción electoral del PCCR, lo que condujo a los líderes de esta organización a presentar una apelación al Congreso, la cual se resolvió en su contra en octubre de 1931. La derrota, sin embargo, no fue contundente: de 43 diputados, once se abstuvieron de asistir a la sesión, 14 votaron a favor del reclamo de la izquierda y 18 la rechazaron (Cruz, 1980: 30-31). El diputado y dueño del *Diario de Costa Rica*, Otilio Ulate Blanco, fue precisamente uno de los que apoyó a los comunistas y se convirtió en un decidido defensor de su derecho a competir en las urnas, según se desprende de sus intervenciones en la cámara (Torres, 1985: 52-57).

El ascenso a la presidencia de la república de Ricardo Jiménez (1932-1936), quien desde que fue candidato se pronunció a favor de la legalización electoral de los

comunistas, permitió que el PCCR, tras cambiar su nombre a Bloque de Obreros y Campesinos (BOC), pudiera finalmente inscribirse y competir, primero en los comicios municipales de diciembre de 1932, en los cuales ganó dos puestos en el concejo de San José, principal ciudad y capital de Costa Rica; y después en las elecciones de diputados de febrero de 1934, en las que capturó sus dos primeros asientos en el Congreso.

El exitoso desempeño de los comunistas en los comicios de 1932 y 1934 profundizó la inquietud de sus adversarios, la cual se expresó en numerosos textos periodísticos que urgían la descalificación de los candidatos electos por el BOC (iniciativa que no prosperó, dado que no contó con el apoyo del presidente Jiménez). El ministro de Estados Unidos en San José, Leo R. Sack, tras destacar en un informe del 26 de febrero de 1934 el predominio de tales opiniones, indicó que también existía espacio en la prensa para que pensadores políticos de avanzada, como el profesor y escritor cartaginés Mario Sancho, afirmaran que el país se beneficiaría de la próxima presencia de la izquierda en el Congreso (USNA.D.F., 818.00/1447, 26-2-1934: 4).

*La Prensa Libre* del 13 de febrero de 1934, dos días después de los comicios, publicó un texto de Beltrán de Urdaneta, cuyo enfoque, tan arielista como pragmático, era que el país no debería preocuparse por el éxito del BOC, ya que

“...el acceso al Congreso de los representantes del comunismo coloca el ideal de este partido dentro del curso evolutivo que debemos desear todos los hombres para la cristalización de la Idea. Dentro de la Cámara legislativa puede el comunismo lograr por evolución, sugiriendo y apoyando leyes de justicia social, o de simple humanidad, lo que fuera del Congreso o perseguido con intolerancia, acaso intentaría lograr por medio de la Revolución...” (*La Prensa Libre*, 13-2-1934: 2).

La perspectiva precedente fue compartida por un comentarista anónimo que, en esa misma edición del 13 de febrero, vinculó el desempeño del BOC en las urnas con el apoyo dado por los comunistas a una huelga de zapateros que acababa de terminar en términos ventajosos para los trabajadores (Hernández, 1996: 1-21; Miller, 1996: 35-37). Lo más interesante de este artículo, sin embargo, es el énfasis con que se trató de desovietizar y nacionalizar a la izquierda costarricense, la cual sólo ingresó al Comintern en agosto de 1935, año en que tal organización sustituyó los principios de la dictadura del proletariado por la táctica del frente popular y la defensa de la democracia (Caballero, 1986: 121).

El vínculo esporádico y epistolar que el BOC tenía con el Buró del Caribe aún en febrero de 1934 (Ching, 1998: 7-226) no impidió que el discurso de los comunistas costarricenses tendiera a la confrontación (a tono con la estrategia de “clase contra clase”), y quizá contra esta orientación “soviética” fue que el comentarista anónimo dirigió su texto:

“...otra sorpresa de la elección ha sido el cociente del comunismo. Nadie lo esperaba. Dos cosas han contribuido para el triunfo del Block de Obreros y Campesinos. Ellas son: la disciplina y la organización. Indudablemente que el

último movimiento huelguístico ha influido decisivamente en el éxito comunista. Ellos fueron los únicos que acudieron a sostener la huelga contra los patrones y a hacer frente a las necesidades de los alzados. Eso comprometió a mucha gente con su voto. La llegada del Comunismo al Congreso no la interpreto como una amenaza... No se trata exactamente del Comunismo soviético. Ellos así lo creen, erradamente. Entre nosotros no puede haber un comunismo soviético sino un comunismo costarricense, es decir una institución que vela por las necesidades del trabajador, de las clases necesitadas” (*La Prensa Libre*, 13-2-1934: 7).

El espacio favorable al comunismo en la prensa suponía, además, la publicación de declaraciones de los propios líderes de izquierda: entre los primeros textos de tal índole, figura una entrevista que, el 7 de junio de 1931, *La Tribuna* le hizo a la célebre escritora y maestra, Carmen Lyra, en la cual esta explicó las razones por las cuales se había unido al PCCR (*La Tribuna*, 7-6-1931: 1 y 8). La práctica periodística, en este sentido, provocó a veces amargas quejas. El 16 de enero de 1936, una persona que se firmaba con el pseudónimo de Geofredo, deploró que el *Diario de Costa Rica* del 8 de diciembre de 1935 diera a conocer unas opiniones de Carlos Luis Sáenz, el candidato presidencial del BOC; en sus propias palabras:

“...la Prensa parece creer que llena su cometido con sólo impulsar la propagación del comunismo aquí, dedicándole columnas enteras a las divagaciones de sus líderes o a reproducciones de largos artículos de los pontífices del volcheviquismo, que tanto perjuicio han causado, están causando y causarán al país, cuando en todas partes del mundo se exterminan enérgica y prontamente los brotes que aparecen de este nuevo flagelo humano; y los gobiernos, la Prensa, el Capital, la gente de orden y de trabajo, y la sociedad en masa, lo repudian, lo combaten y lo condenan” (*La Prensa Libre*, 16-1-1936: 2).

La tendencia a la apertura se mantuvo pese a que, tras el estallido de la guerra civil en España (1936-1939), el anticomunismo se intensificó, proceso potenciado, en especial, por la prensa católica, y favorecido por el gobierno de León Cortés (1936-1940), un simpatizante del nazismo y el fascismo (Friedman, 2003: 171). El *Diario de Costa Rica*, pese al predominio de tal tendencia, publicó el 2 de febrero de 1938, once días antes de la fecha fijada para efectuar los comicios de diputados, un extenso y elogioso artículo de Carmen Lyra sobre los dirigentes del BOC y, en particular, acerca de su Secretario General y diputado, Manuel Mora Valverde, de quien afirmó:

“...en su puesto lo ha encontrado siempre el pueblo de Costa Rica, luchando contra la baja de los salarios, por una ley de salario y de sueldo mínimo que permita a los obreros, peones, empleados públicos, etc., vivir con decencia; por tierras y herramientas por cuenta del estado para los campesinos pobres, contra los esquilmes, contra los desahucios... Fue el diputado Mora el que presentó un proyecto para la construcción de casas baratas, proyecto con sus planos y con la indicación de la fuente que podía financiarlo... Fue Manuel Mora el que luchó contra el proyecto de ley tendiente a impedir la circulación de la literatura de izquierda en el país... su mocedad no ha conocido la alegría, sólo la austeridad, el

dolor y el sacrificio que demanda la causa en que se ha empeñado... este muchacho de 28 años ha demostrado ser más estadista que muchos viejos con aureola de tales..." (*Diario de Costa Rica*, 2-2-1938: 7).

El primero de febrero de 1939, *La Tribuna* fue escenario de una experiencia parecida al publicar unas declaraciones a favor de Mora del diputado Roberto Quirós, perteneciente al Republicano Nacional (el partido gobernante) El legislador, que asistió a la convención organizada por la izquierda para escoger a su aspirante presidencial, aclaró que él no era comunista ni se proponía convertirse en uno; pero señaló que en los próximos comicios de febrero de 1940 votaría por el líder del BOC debido a su "...talento y a su interés indiscutible por el bienestar del pueblo..."; por si esto fuera poco, resaltó su madurez, puesto que ya no era "el hombre apasionado" que fue cuando inició su vida pública (*La Tribuna*, 1-2-1939: 4)

El informe que preparó el ministro estadounidense William H. Hornibrook, con fecha también primero de febrero, recuperó lo expuesto por Quirós e indicó que, efectivamente, el 30 de enero Mora fue escogido como candidato presidencial del BOC. El diplomático, además, destacó la actitud progresista de tres de los principales periódicos de la época: el *Diario de Costa Rica*, *La Tribuna*, y *La Prensa Libre*, todos los cuales publicaron el manifiesto, firmado por Carlos Luis Sáenz, en que se convocó a los militantes de izquierda para asistir a la actividad en que se designaría al aspirante al Poder Ejecutivo para la elección de 1940 (USNA.D.F., 818.00B/104, 1-2-1939: 3).

La pregunta de si la existencia de espacios favorables a la izquierda en esos diarios obedeció a su infiltración por simpatizantes de tal orientación política fue contestada por la propia dirigencia del BOC. Los líderes comunistas, en una carta que enviaron al Buró del Caribe con fecha 18 de mayo de 1934, informaron sobre las actividades efectuadas por los trabajadores el día primero de ese mes, y a la vez declararon que, en sus labores de propaganda,

"utilizamos también, ampliamente, a la prensa burguesa, entre cuyos redactores se encuentran simpatizantes del Partido, para publicar notas diarias, hábilmente redactadas, las cuales bajo su aparente matiz informativo eran verdaderos llamados a las masas para que se manifestaran" (Ching, 1998: 67)

El alcance y la duración que tuvo la infiltración es un tema que permanece sin investigar; sin embargo, difícilmente tal fenómeno fue el factor decisivo en la apertura periodística. La razón básica por la que los periódicos publicaban puntos de vista que favorecían a la izquierda o declaraciones y textos de los líderes comunistas era por la competencia: si un medio descartaba una información de esta índole, otro podía acogerla y aprovechar la ventaja, una dinámica que era potenciada, además, por el curso de los acuerdos y los enfrentamientos políticos, a los cuales la prensa no era ajena. El BOC, además, gracias a *Trabajo*, a su quehacer sindical y los puestos municipales y legislativos que tenía, constituía una importante fuente de noticias. La dinámica de mercado, que prevalecía en la lucha de los partidos por capturar votos, predominaba también en la cultura impresa.

### 3. Prensa y alianzas políticas

El patrón expuesto de relaciones entre los comunistas y los medios se modificó significativamente en la década de 1940, especialmente después de que, en 1941, estalló un conflicto en el Republicano Nacional entre el ala liderada por León Cortés y la encabezada por el nuevo presidente, Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944). El enfrentamiento condujo a los cortesistas a retirarse del partido, en tanto que la izquierda y los calderonistas empezaban a aproximarse. La base de este proceso fue un amplio proyecto de cambio social por vías institucionales (fundación del seguro social, adición de un capítulo de garantías sociales a la Constitución y aprobación de un código de trabajo) emprendido originalmente por el calderonismo para disputarle el voto de los trabajadores urbanos a los comunistas.

El inicio de ese proyecto enfrentó a la izquierda con el problema de que, en caso de ser exitoso, amenazaba con desgastar el programa del BOC, lo cual obligaría a tal organización a radicalizar sus propuestas, opción que la alejaría de la táctica centrista que adoptara desde 1935-1936. La división del Republicano Nacional abrió, en estas circunstancias, un espacio estratégico para que los comunistas empezaran a acercarse a los calderonistas, proceso que culminó en una alianza en 1943 (previa disolución del BOC y su sustitución por Vanguardia Popular, que se declaró no comunista), la cual contó con el apoyo de Víctor Manuel Sanabria, arzobispo de San José (Lehoucq y Molina, 2002: 156-227). La prensa católica, que combatió encarnizadamente al comunismo en el decenio de 1930 (Backer, 1975: 74-81), se ajustó a las nuevas circunstancias al moderar su enfoque, en tanto que el diario progubernista *La Tribuna* ampliaba los espacios favorables para el grupo encabezado por Manuel Mora.

El pacto electoral entre calderonistas y comunistas, bajo el nombre de Bloque de la Victoria, ganó las elecciones de 1944 y, aunque el presidente Teodoro Picado (1944-1948) procuró que su gobierno fuera de conciliación, la polarización tendió a agudizarse, a lo que contribuyó, desde 1945, el inicio de la Guerra Fría. El deterioro de la lucha política, que condujo finalmente a la guerra civil de 1948, supuso que a partir de 1943 el grueso de la prensa, aunque todavía daba cabida a textos escritos por los líderes de izquierda o a sus opiniones, tendiera a adoptar una posición de línea dura en relación con el comunismo. El periódico que lideró este cambio fue el *Diario de Costa Rica*, cuyo dueño, Otilio Ulate, fue uno de los diputados que en 1931 se pronunció a favor de permitirle al PCCR competir electoralmente (Blanco Segura, 1962: 83).

El giro experimentado por el *Diario*, a raíz de la creciente polarización política, destaca que una de las pérdidas que supuso la alianza electoral con los calderonistas fue la larga amistad que tuvieron Mora y Ulate (este último fue escogido como aspirante presidencial de la oposición en febrero de 1947 tras el súbito óbito de Cortés para enfrentar a Calderón Guardia en la elección presidencial de 1948). El líder comunista, en una entrevista que tuvo alrededor del 19 de marzo de 1948 con Andrew E. Donovan, funcionario de la embajada estadounidense en San José, destacó que

“...él mismo había sido por muchos años un amigo de Ulate y que él sentía que Ulate mismo era más cercano a las concepciones económicas y sociales de Vanguardia de lo que lo es Calderón Guardia. Este último, dijo, es católico, conservador y representa a los banqueros y productores de café, mientras que Ulate, por el contrario, es más amplio en sus puntos de vista económicos y sociales... Mora dijo que él se había colocado a sí mismo y a su partido del lado de Calderón Guardia durante la presidencia de este último porque Calderón había sido instrumental en dar al país tanto el Código de Trabajo como la legislación sobre seguridad social” (USNA.D.F., 818.00/3-1948, 19-3-1948: 2)

El punto de vista precedente fue expresado en un contexto caracterizado por la búsqueda de una salida institucional a la crisis que provocó la anulación de la elección presidencial del 8 febrero de 1948 (de la que Ulate fue declarado ganador) por un Congreso dominado por comunistas y calderonistas (Lehoucq y Molina, 2002: 195-227). Lo expuesto por Mora tendía a destacar, como lo sugirió Donovan, que la dirigencia de Vanguardia Popular estaba dispuesta a reconsiderar sus alianzas. La expectativa de que esto último todavía era una opción posible pronto demostraría su falta de base, al extenderse la guerra civil que acababa de iniciarse.

El sector de línea dura de la oposición liderado por José Figueres, cuya única vía para alcanzar el poder era por las armas dado su escaso apoyo electoral, empezó un levantamiento el 12 de marzo de 1948 con la excusa de defender el triunfo del ulatismo. La victoria militar, consolidada cinco semanas después, evidenció el débil fundamento de tal justificación, ya que el ascenso de Ulate a la presidencia fue pospuesto por 18 meses. El país, durante este período, quedó a cargo de una Junta de Gobierno dominada por el figuerismo, la cual impulsó una nueva Constitución (aprobada en noviembre de 1949), la cual ilegalizó a los comunistas (Lehoucq y Molina, 2002: 195-227). Los días en que Carmen Lyra podía publicar una apología de Manuel Mora en el *Diario de Costa Rica*, pertenecían ya al pasado.

#### 4. Ejes de la propaganda electoral contra los comunistas

El fuerte anticomunismo que caracterizó a la prensa costarricense a partir de 1931 disimula que la propaganda electoral, específicamente contra el BOC, fue poco significativa en los comicios de diciembre de 1932 y de febrero de 1934. Los partidos, al parecer, subestimaron el desafío que suponía la competencia de la izquierda en las urnas y es verosímil que sus dirigencias consideraran que tanto el fraude como la descalificación posterior de los candidatos comunistas —en caso de ser electos— podían bastar para neutralizar a la agrupación liderada por Manuel Mora. El fracaso de tal expectativa fue evidente sin tardanza, en particular debido a la posición que adoptó el presidente Ricardo Jiménez.

El fortalecimiento del BOC, dados los puestos municipales y legislativos que capturó en esas primeras elecciones y el activo papel jugado por ese partido en varias huelgas —sobre todo la bananera de agosto-septiembre de 1934 que movilizó a unos 10.000



trabajadores y fue uno de los eventos principales de su tipo en el continente— (Sibaja, 1984), provocaron que, de cara a los comicios presidenciales de febrero de 1936), la propaganda electoral contra la izquierda se intensificara y adquiriese perfiles cada vez más definidos, los cuales se consolidaron en el futuro cercano. El desafío de fondo que los comunistas le plantearon a sus competidores fue utilizar la cuestión social (agravada por la crisis económica mundial de 1930) como eje del discurso con que trataban de atraerse a los votantes populares, proceso apoyado de manera sistemática por un periódico permanente: *Trabajo*.

La competencia con los comunistas en este campo se le dificultaba a los otros partidos por tres razones: primero, la falta de experiencia y de una base sindical y editorial como las que tenía el BOC; segundo, los efectos, potencialmente explosivos, a que podía conducir un debate electoral centrado en la cuestión social; y, por último, el peligro de producir eventuales divisiones en su seno entre círculos progresistas y sectores conservadores. La propaganda contra la izquierda, a raíz de lo expuesto, definió otros énfasis, por lo que tendió a apelar a la moral, al cálculo político y a la identidad nacional del electorado.

El Republicano Nacional que, al convertirse en partido mayoritario en la década de 1930, enfrentó como principal desafío el creciente apoyo que tenía el BOC entre los trabajadores urbanos, publicó en el *Diario de Costa Rica* del 13 de febrero de 1938 un anuncio en el que es visible la fuerza con que, en el contexto de la guerra civil española, los votantes podían ser moralmente interpelados:

“si usted vota por el comunismo sobre su conciencia caen estas responsabilidades: a) contribuir a envenenar al pueblo con falsas promesas. b) Ahondar el odio y el rencor entre la familia costarricense —hacer más fuerte esa ‘lucha de clases’ que es la base de la política ‘comunista’ y la razón de la hecatombe en España. c) Contribuir a mantener el principio de desorden y borrar del alma del pueblo costarricense la fe religiosa que es el escudo de nuestra democracia” (*Diario de Costa Rica*, 13-2-1938: 6)

El joven Emmanuel Thompson, el 24 de enero de 1940, publicó en la sección del Republicano Nacional en *La Prensa Libre*, un texto en el que apelaba, a la vez, a la moral y al cálculo de los sufragantes, al tiempo que cuestionaba toda contribución de los comunistas al país y los responsabilizaba por el fortalecimiento de la derecha:

“...el daño espiritual que el comunismo ha causado en los medios obreros es más considerable que el beneficio material que han reportado sus luchas y prédicas... Aquella propaganda, aquel sacrificio, aquel esfuerzo hechos por el partido comunista para sembrar y hacer producir la semilla de la lucha de clases y el triunfo de una sobre las restantes, a qué ha conducido? A nada práctico, a ningún resultado fecundo. No se ha cosechado fruto alguno y más bien han brotado crueles y dolorosas espinas donde se pensó recoger sabrosa cosecha. Lejos, pues, de suponer un avance o una ventaja en las condiciones de vida del proletariado, la propaganda comunista lo ha hecho retroceder, y con el temor que levanta no ha

servido sino para revivir la reacción” (*La Prensa Libre*, 24-1-1940: 2)

La apelación al cálculo político podía explotar, sin duda, los propios errores de los comunistas. El BOC, en vísperas casi de las elecciones de febrero de 1936, debió sustituir a Manuel Mora (candidato presidencial que, en caso de ser electo, no podría asumir el puesto por carecer de la edad legal establecida: 30 años) por el profesor Carlos Luis Sáenz, quien antes de su designación simpatizaba con el partido, pero no era miembro de tal organización. El Republicano Nacional, en un anuncio publicado en *La Prensa Libre* del 16 de enero del año indicado, se apresuró a destacar que

“...cuando los ‘camaradas’ sufrían miserias y hambre durante la huelga [bananera]... él [Sáenz] holgadamente, sin importarle un bledo la suerte de esos hombres, estaba en [la ciudad de] Heredia, viviendo a pierna suelta... ¿No os llama la atención, trabajadores de Costa Rica, que de un momento a otro el hombre ajeno a la lucha, para quien las inquietudes y necesidades del proletariado fueron indiferentes, aceptara ser Jefe de vosotros?” (*La Prensa Libre*, 16-1-1936: 4).

El carácter técnico que podía asumir la apelación al cálculo político se constata en el anuncio que el Republicano Nacional publicó en el *Diario de Costa Rica* del 11 de febrero de 1938, el cual procuraba complementar los efectos del voto obligatorio, aprobado en 1936, y los llamados que, desde 1935, efectuaba la Iglesia católica para disminuir el abstencionismo. La razón de esto se explica porque el éxito logrado por el BOC en las elecciones de 1932 y 1934 se debió, en mucho, a la baja asistencia a las urnas, la cual disminuyó los cocientes necesarios para la adjudicación de los puestos en juego. La mayor participación electoral, al elevarlos (precisamente ese fue el objetivo que procuraba la reforma que estableció el sufragio obligatorio), le dificultaba a la izquierda capturar los asientos municipales y legislativos en disputa, en especial en las circunscripciones dominadas por los sufragantes rurales. La propaganda indicada, no desprovista de un cuestionamiento moral, preguntaba:

“¿podría Ud. votar por esos partidos ‘comunistas’ que se incubaron en el odio y el exterminio, que predicán la ‘revolución social’ y el aniquilamiento de la familia, de la religión, de la fe, y de la constitución? No, y mil veces no... ¡¡SON VOTOS PERDIDOS!! Pues nunca logran ajustar cociente y por tan poderosa razón son votos que se echan al río” (*Diario de Costa Rica*, 11-2-1938: 6)

El eje principal de la propaganda contra la izquierda, sin embargo, consistió en impugnar su carácter nacional, énfasis que fue favorecido por el ingreso del partido al Comintern en agosto de 1935 y porque, por esa época, un cheque enviado por el Buró del Caribe cayó en poder de la Liga Anti-comunista (organización fundada en septiembre de 1934, tras el inicio, en agosto, de la huelga bananera), la cual lo fotografió y lo publicó para evidenciar que el comunismo costarricense estaba financiado por el “oro de Moscú” (Ching, 1998: 157). La credibilidad de acusaciones de este tipo fue afianzada por el apoyo del BOC a la política exterior soviética, sobre todo al pacto con el nazismo firmado en agosto de 1939 y a la invasión de Finlandia, iniciada el 30 de noviembre de ese año.

El elevado costo electoral de ese respaldo se patentizó tras los comicios de febrero de

1940, cuando el total de votos a favor del BOC fue casi similar al logrado en 1938. La identificación con Moscú facilitó, a la vez, presentar a Mora como un títere de Stalin y cuestionar su integridad y su patriotismo. El Republicano Nacional, en un artículo publicado en *La Prensa Libre* del 3 de enero de 1940, señaló:

“quien defiende el despotismo y el atropello, está incapacitado para hablar en nombre de la democracia y de la libertad. MANUEL MORA defendió el salvajismo de Rusia contra la independencia de Finlandia, porque para él Rusia está antes que todo, y aun primero que Costa Rica” (*La Prensa Libre*, 3-1-1940: 3)

El patriotismo de los comunistas fue impugnado, otra vez, en *La Prensa Libre* del 31 de enero de 1940, en un texto en el cual, además, se denunciaba el oportunismo político de los líderes de izquierda. La base de este cargo era el desplazamiento de tales dirigentes de posiciones en extremo confrontativas en los años iniciales del partido (1931-1935) a puntos de vista primero a tono con la táctica de frente popular y centrados en la defensa de la democracia, y luego afines a la estrategia de unidad nacional, preferida por el Comintern a partir de 1938 (Caballero, 1986: 122-123). El firmante de ese artículo, que utilizaba el pseudónimo de Matusalén, señaló que Mora

“...pretende hacer creer a las masas sobre las cuales él ejerce aún su influencia, que el comunismo que él predica es una doctrina que se adapta a la realidad y a la necesidad nacionales y que no pretende trastornar el orden establecido. En otras palabras, que lo que él trata de imponer al país, es una especie de ‘nacional comunismo costarricense’... Así como en el orden religioso, no es posible concebir la existencia de una Iglesia Católica Apostólica Costarricense, así en lo político-ideológico no es posible creer en la existencia en que pueda implantarse un comunismo costarricense, pues en ambos casos, aunque por diferentes motivos, puede caerse en el pecado de la apostasía... Nosotros no creemos, pues, en las protestas de acendrado patriotismo que hace diariamente y en toda forma el diputado Mora Valverde... Sus discursos han recorrido todas las tonalidades del color rojo, desde el más encendido hasta el rosado pálido de los últimos tiempos. Es un cambio de opinión constante y de una mutabilidad semejante a la del camaleón...” (*La Prensa Libre*, 31-1-1940: 4)

La invocación de los símbolos nacionales no podía faltar en la propaganda que enfatizaba la vinculación del BOC con la Unión Soviética. *La Prensa Libre* del 25 de enero de 1940 publicó un artículo en el que se comentaba una declaración de los comunistas en cuanto a que no eran enemigos de las nobles tradiciones del país. La respuesta irónica del Republicano Nacional fue que por eso

“...seguramente su bandera es la bandera gloriosa de nuestra amada Costa Rica, y por eso seguramente su Himno es nuestro Himno Nacional... Jamás comienzan los rojos sus fiestas con el Himno de nuestra patria. Lo hacen siempre con la Internacional Comunista. Y su bandera es la bandera roja de Stalin. Ellos aleccionan a la turba para que vaya al Congreso a vivir a la Unión Soviética, cuando un diputado costarricense lanza vivas a Costa Rica! Podrán entonces probar que no son enemigos de la patria y de sus tradiciones?” (*La Prensa Libre*, 25-1-1940: 4)

El tema de la bandera volvió a ser utilizado casi ocho después, aunque en un contexto muy diferente, caracterizado por la alianza del Republicano Nacional y Vanguardia Popular. La oposición, en un artículo que circuló en *La Prensa Libre*, tras definir a Calderón Guardia como presidente honorario de los comunistas, destacó que estos últimos

“aunque... cambiaron de nombre a su partido por orden de Moscú, en sus salones sigue presente la bandera de la hoz y el martillo. Muchos son los vanguardistas que no se explican ello. La razón es muy simple. La orden por ellos recibida autorizaba sólo cambiar de nombre al partido, no permitía el cambio de su bandera. Recientemente un camarada ingenuo propuso que la antigua bandera comunista fuese eliminada definitivamente de los salones del Partido... La moción fue calificada de ‘inadecuada’ por Manuel Mora y desde luego derrotada. Los altos dirigentes sí saben por qué esas banderas no deben ser retiradas... Para un comunista la bandera de la hoz y el martillo es un emblema por el cual se puede luchar y morir, en tanto que nuestra hermosa bandera tricolor es un resabio burgués indigno de luchar y mucho menos de morir por él. Para los comunistas nuestro emblema patriótico es una bandera reaccionaria al servicio del ‘imperialismo yanqui’” (*La Prensa Libre*, 20-2-1-1948: 4)

La alianza electoral entre Vanguardia Popular y el Republicano Nacional fue enfrentada por sus adversarios con varias estrategias, las cuales dejaron su impronta en la propaganda correspondiente. La oposición presentó a los calderonistas como comunistas para lo cual inventó el término “calderocomunismo” (Ameringer, 1978: 34); insistió en que Costa Rica estaba dominada por la izquierda, cargo infundado dado que los miembros de la organización liderada por Manuel Mora no ocupaban puestos en el gobierno; procuró provocar roces entre los aliados con el fin de promover una ruptura del pacto que ampliara la posibilidad de derrotarlos en las urnas; y se esforzó por responsabilizar a los vanguardistas por los errores de la administración de Calderón Guardia y de su sucesor, Teodoro Picado (Bell, 1971)

Los énfasis expuestos, que caracterizaron la propaganda de la oposición luego de 1943, evidencian que persistía la dificultad enfrentada por los partidos rivales de la izquierda para configurar estrategias proselitistas basadas en la cuestión social (Ameringer, 1978: 28). El propio Republicano Nacional, pese a que ya durante la campaña de 1939 había empezado a diseñar el conjunto de reformas con que se proponía erosionar la vigencia del programa del BOC y disputarle más eficazmente el voto popular urbano, prefirió no exponer sus polémicos planes al desgaste de la competencia electoral y concentrar su ataque a los comunistas en impugnar su moral y patriotismo.

La intensificada propaganda anticomunista del período posterior a 1943 careció, sin embargo, de un llamado sistemático para ilegalizar a la izquierda, una ausencia que destaca cuán profunda fue su inserción institucional, un proceso al cual, como ya se expuso, la propia prensa “burguesa” contribuyó, de manera acumulativa, durante las décadas de 1930 y 1940. El apoyo del presidente Ricardo Jiménez primero, y la alianza con

el Republicano Nacional después, también reforzaron tal proceso. La ilegalización de que fue objeto Vanguardia Popular tras la guerra civil de 1948 se explica, en este contexto y ante todo, porque el figuerismo precisaba desarticular a calderonistas y comunistas para que su propio partido, Liberación Nacional (fundado en 1951) pudiera consolidarse electoralmente.

### 5. Cuestión social, prensa y propaganda

El anticomunismo periodístico, ciertamente, tendió a agudizarse tras ciertos eventos específicos, como un enfrentamiento entre policías y desocupados ocurrido el 22 de mayo de 1933 (Cruz, 1980: 50; Gómez, 1994: 94), la huelga bananera de agosto y septiembre de 1934 (Sibaja: 1984), y el asesinato del capitalista josefino Alberto González Lahmann en agosto de 1935, crimen con el que infructuosamente se trató de vincular a Manuel Mora Valverde (USNA.D.F., 818.00/1498, 24-9-1935: 1-2); pero tal exacerbación solía aunarse con la insistencia de que era preciso enfrentar, por vías legales e institucionales, la cuestión social, en particular la pobreza, los bajos salarios y el desempleo, que eran considerados como la base del crecimiento de la izquierda.

La influencia de tal dinámica es visible desde los meses previos a la fundación del Partido Comunista. El 10 de febrero de 1931, un grupo de más de 200 obreros sin empleo fijó un plazo de 8 días para que el gobierno de González Víquez arreglara su situación; de lo contrario, "...se considerarían en libertad para adoptar los medios que les parezcan más convenientes" (*La Tribuna*, 11-2-1931: 1). Las autoridades procedieron, de inmediato, a arrestar a los firmantes del ultimátum y a impedir varios desfiles de trabajadores, al tiempo que el Poder Ejecutivo presupuestaba 100.000 colones para obras públicas y 30.000 colones para ayudar a las familias de quienes estaban sin trabajo (*La Tribuna*, 12-2-1931: 1-2)

El proceder de los desempleados fue condenado sin vacilación por *La Tribuna*, que denunció la presencia de "agitadores sin trabajo permanente" entre los obreros y apoyó el arresto de quienes firmaron el ultimátum. El periódico, sin embargo, no cuestionó que existiera un grave problema social y, en concordancia con tal perspectiva, se pronunció a favor de ayudar a las familias afectadas por la desocupación, respaldó los esfuerzos estatales por adoptar medidas en ese sentido y acogió las protestas de varias organizaciones obreras por la condena a 90 días de cárcel aplicada a quienes emplazaron al gobierno (*La Tribuna*, 12-2-1931: 1-2 y 7)

La experiencia de *La Prensa Libre*, casi un año después, fue similar. El 29 de enero de 1932, en el contexto del levantamiento popular -conducido por el Partido Comunista- que sacudió a El Salvador y la posterior matanza de miles de personas efectuada por el ejército de ese país (Alvarenga, 1996: 323-347), publicó un artículo cuyo solo título, "Los vampiros", ya era inquietante. El autor de ese texto, el abogado Antonio María Soto, de la Unión de Trabajadores, criticó fuertemente a los sectores acomodados que vivían a costa del sudor de los pobres y destacó "...la injusticia de etiquetar legítimos esfuerzos de mejoramiento social como comunismo..." (*La Prensa Libre*, 29-1-1932: 2).

El reconocimiento de que existían graves problemas sociales y de que urgía enfrentarlos por vías legales e institucionales (es decir, mediante la intervención del Estado) figuró, con más frecuencia, en editoriales, noticias y artículos de opinión que en los anuncios y campos pagados que los partidos competidores de los comunistas publicaban en la prensa. La cuestión social, sin embargo, ocasionalmente logró abrirse espacios en tal propaganda. El 31 de enero de 1936, Vicente Castro Cervantes, simpatizante de León Cortés (candidato del Republicano Nacional), pronunció un discurso por radio -el cual fue publicado por *La Prensa Libre* del 6 de febrero- en el que aseveró que, aunque el comunismo no debería existir en el país, era

“...un problema soluble... para el gobernante que en tan hermosa labor empeñe su voluntad con cerebro y corazón, repito que tal problema debería ser exótico para nosotros. No lo es y se ha convertido en un peligro que es inútil pretender menospreciar por más tiempo. De su existencia es culpable en primer término el capitalista, que no ha querido darse cuenta de la evolución patente a nuestros ojos; que piensa que el estudio de la ciencia social y la observación de los fenómenos sociales no tienen interés para él, porque apenas los considera como la ocupación de los teorizantes que enseñan en escuelas avanzadas o cálculo de los demagogos de la política. Y está en grave error. Pues el conocimiento de estos problemas le debe importar tanto como el de su propia contabilidad, sin el cual ignora la marcha de sus negocios. Y debe importarle además porque sin él no puede contribuir con su experiencia a la solución que el gobernante deba darle, la que para ser viable por ser justa, necesita el concurso de los de arriba tanto como el de los de abajo... En Costa Rica no debe haber terreno para una lucha de clases... Si a pesar de todo, hay una cuestión social que el comunismo resolverá solo y a su manera, por falta de concurso de los que saben y aun pueden resolverla con justicia y provecho para todas las partes, ello se debe a la abulia, a la miopía y a la pereza de los dueños de la riqueza que no oyen, teniendo oídos y que no quieren ver la conveniencia de un pequeño esfuerzo de los menos en beneficio de los más... León Cortés sabe que el problema de los sin trabajo tiene una solución pacífica que no es la fuerza la que puede resolverla de manera estable...” (*La Prensa Libre*, 6-2-1936: 8 y 11)

El partidario del Republicano Nacional, Bernardo Herrera, expuso una opinión similar en *La Prensa Libre* del 15 de enero de 1940, aunque desprovista de la grave crítica a los sectores acomodados que formuló Castro Cervantes: tras enfatizar que los comunistas esparcían “...la simiente diabólica del odio de clases...”, admitió:

“es cierto que la estructura de nuestra organización político-social admite muchas mejoras, que habrá que ir introduciendo gradualmente, pero nunca con brusquedad, para así evitar choques muy humanos, con los reaccionarios de toda mejora colectiva. Sólo el pueblo puede procurarle el mejoramiento al pueblo; por tal razón, la democracia debe subsistir, mirando siempre a un futuro más perfecto, más equitativo, más cristiano” (*La Prensa Libre*, 15-1-1940: 4)

Lo expuesto por Castro Cervantes y Herrera, al destacar los límites enfrentados por quienes trataban de elaborar un discurso que pudiera competir eficazmente con el de los

comunistas, evidencia que una de las ventajas que tuvo para el Republicano Nacional su alianza con Vanguardia Popular fue que, a partir de los comicios de 1944, pudo explotar el potencial electoral de la cuestión social, a la vez que se aprovechaba de la tradición construida por la izquierda en este campo. El texto que el calderonista Eduardo Fournier Quirós publicó en *La Tribuna* del 22 de febrero de 1944 es, en este sentido, elocuente:

“la leyenda del comunismo fue el pretexto con el cual Hitler, Mussolini y Franco han llevado a la ruina y desolación a sus propios pueblos. Don León Cortés imitó en su propaganda política a estos engendros del mal. A todos acusó de comunistas, ni aun el eminente Monseñor Sanabria se libró del cargo. No pensó que el pueblo, con la experiencia que ha visto en otros, ya no cree en esa leyenda. No pensó que la figura de Manuel Mora se ha llevado en el concepto que todo pueblo se forma de sus hombres por su desinterés, por su lealtad a los ideales de justicia social, por el sacrificio que ha hecho de posibles resquemores pasados, por el empeño de conducir la campaña política por el sendero de la armonía y la comprensión. Un buen costarricense que unió sus filas con las nuestras, sin más condición que el cumplimiento de un programa que favorece al pueblo sin distinción de clases” (*La Tribuna*, 22-2-1944: 1-4)

La poderosa maquinaria electoral que resultó de la alianza entre el Republicano Nacional y Vanguardia Popular en 1943 fue encarada por la oposición con base en la experiencia de los partidos rivales del BOC después de 1936: trata de desplazar el eje del debate de la cuestión social a temas como el fraude en las urnas, la corrupción administrativa, la influencia de la izquierda en el gobierno y, por supuesto, el carácter prosoviético y antipatriótico de los comunistas. La eficacia de tal estrategia fue, sin embargo, limitada porque, en el contexto de una competencia política cada vez más polarizada (uno de cuyos escenarios principales fue la prensa), temas como pobreza, empleo, salarios y otros parecidos se constituyeron en el eje de las preocupaciones y los intereses de amplios sectores del electorado.

## 6. Conclusiones

El Partido Comunista, en tanto organización permanentemente activa, con una base sindical y una presencia sistemática en la esfera pública gracias a su quehacer editorial (en especial la publicación de *Trabajo*), supuso una verdadera novedad en la política costarricense de las décadas de 1930 y 1940. Los partidos existentes, de carácter personalista, no se preocupaban por la organización de los trabajadores, su proselitismo se limitaba a los períodos de campaña y, aunque en su afán por atraerse el sufragio popular podían establecer compromisos con los votantes para efectuar mejoras específicas en tal o cual comunidad (una carretera, un puente, una escuela), una utilización sistemática de la cuestión social con fines electorales les era extraña.

El desafío principal que el PCGR le planteó a sus rivales políticos fue, precisamente, convertir la denuncia de las diferencias y las injusticias sociales en el eje de su discurso y, gracias a su actividad editorial, proyectarlo decisivamente en la esfera pública, proceso facilitado por la elevada alfabetización popular urbana y rural. La democracia existente en el país -en contraste con el autoritarismo prevaleciente en el resto de Centroamérica-

evitó que la opción de simplemente ilegalizar y perseguir a la izquierda no estuviera disponible para sus adversarios, y permitió que círculos de políticos, intelectuales y periodistas, pese a su anticomunismo, defendieran los derechos legales y electorales de los comunistas y se identificaran con el cambio social por vías institucionales.

La conexión entre prensa, democracia y competencia electoral originó una dinámica que favoreció, a largo plazo, el encauce institucional de las demandas populares. La ilegalización de los comunistas, tras la guerra civil de 1948, no supuso la desaparición de las políticas sociales, que fueron ampliadas y profundizadas por Liberación Nacional en el período 1953-1978, ni el fin de la izquierda que, tras un corto período de persecución abierta, empezó a reorganizar sus actividades sindicales y editoriales y buscar nuevas opciones de participación electoral (la disposición constitucional que la ilegalizaba fue derogada en 1975).

La investigación conjunta de las tres áreas de estudio cubiertas en este artículo (cultura impresa, democracia y cambio social) permite explorar conexiones que, en el análisis por separado, difícilmente evidencian su importancia y complejidad. La prensa de las décadas de 1930 y 1940, lejos de ser un simple instrumento al servicio de la burguesía y del imperialismo -como afirmaron los comunistas, en diversas ocasiones, durante esos decenios- se convirtió en un agente que, al contribuir a la inserción política de la izquierda y a legitimar el debate público sobre los problemas sociales, promovió una democratización más profunda de la sociedad costarricense.

## 7. Referencias bibliográficas

ALVARENGA, PATRICIA

1996: *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana

AMERINGER, CHARLES D.

1978: *Don Pepe: A Political Biography of José Figueres of Costa Rica*. Albuquerque, University of New Mexico Press

BACKER, JAMES

1975: *La Iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica

BELL, JOHN PATRICK

1971: *Crisis in Costa Rica: The 1948 Revolution*. Austin, The University of Texas Press

BLANCO SEGURA, RICARDO

1962: *Monseñor Sanabria (apuntes biográficos)*. San José, Editorial Costa Rica

CABALLERO, MANUEL

1986: *Latin American and the Comintern 1919-1943*. Cambridge, Cambridge University Press

CHING, ERIK

1998: "El Partido Comunista de Costa Rica, 1931-1935: los documentos del Archivo Ruso del Comintern", en *Revista de Historia*, 37. San José, Editorial de la



Universidad de Costa Rica., pp. 7-226

CRUZ, VLADIMIR DE LA

1980: "El primer congreso del Partido Comunista de Costa Rica", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, 27. San José, CSUCA, pp. 25-63

FRIEDMAN, MAX PAUL

2003: *Nazis and Good Neighbors: The United States Campaign against the Germans of Latin America in World War II*. Cambridge, Cambridge University Press

GÓMEZ, ALEJANDRO

1994: *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica (1931-1935)*. San José, Editorial Costa Rica

HERNÁNDEZ, CARLOS

1996: "'La gota que derramó el vaso': una reexploración de la gran huelga de zapateros de 1934", ponencia presentada en Tercer Congreso Centroamericano de Historia, San José-Costa Rica, pp. 1-21

LEHOUCQ, FABRICE Y MOLINA, IVÁN

2002: *Stuffing the Ballot Box. Fraud, Electoral Reform, and Democratization in Costa Rica*. New York, Cambridge University Press

MILLER, EUGENE D.

1996: *A Holy Alliance? The Church and the Left in Costa Rica, 1932-1948*. Armonk, M. E. Sharpe

MOLINA, IVÁN Y PALMER, STEVEN

2004: "Popular Literacy in a Tropical Democracy: Costa Rica, 1850-1950", en *Past and Present*, 184. Oxford, Oxford University Press

SIBAJA, EMEL

1983: "Ideología y protesta popular: la huelga bananera de 1934 en Costa Rica". Heredia, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional

TORRES, JOSÉ LUIS

1985: *Otilio Ulate, su partido y sus luchas*. San José, Editorial Costa Rica

## 8. Referencias hemerográficas y documentales

*Diario de Costa Rica* (1938)

*La Prensa Libre* (1932, 1934, 1936, 1940, 1948)

*La Tribuna* (1931, 1932, 1944)

*Trabajo* (1933, 1934)

UNITED STATES NATIONAL ARCHIVES. Decimal Files (USNA.D.F.), 818.00/1447 (February 26, 1934), 818.00/1498 (September 24, 1935), 818.00B/104 (February 1, 1939), 818.00/3-1948 (March 19, 1948)